



Prólogo

Un nuevo ciclo que no lo es tanto

Juan Carlos Monedero

¿Por qué regresa y se marcha con igual facilidad el interés sobre América Latina? ¿No tendrá que ver con que en un mundo globalizado y saturado audiovisualmente su presencia y su ausencia están directamente relacionadas con los intereses de las élites del poder global? Y más especialmente, ¿no será su noticia o su olvido una relación directamente proporcional a los beneficios concretos o esperados por las élites?

Después de varias décadas de Guerra Fría en las que la propaganda contra la planificación fue una constante política, académica y mediática —la planificación era presentada como una perversión bolchevique de la Unión Soviética—, no hay hoy ninguna gran empresa multinacional que no planifique. Los discursos del enfrentamiento entre el norte y el sur no siempre se han correspondido con las prácticas. América Latina hoy es un espacio de Guerra Fría donde el papel de la Unión Soviética lo está representando China y donde lo que se habla globalmente viene dictado por intereses armados más al norte.

La relevancia que tuvieron en 2018 las caravanas de migrantes centroamericanos, especialmente hondureños, estuvo ligada a la estrategia de Donald Trump de hacer de la lucha contra la migración el eje de su campaña en las elecciones legislativas norteamericanas. Para que sus gestos desmesurados tuvieran efecto electoral —visitas sorpresivas a la frontera, reuniones con policías, militares y civiles armados, énfasis en la construcción del muro con México, intervenciones violentas en los medios o tuits incendiarios—, era necesario que el «peligro» migrante fuera identificable por el gran público conservador. De ahí que las caravanas tuvieran una atención inédita en los medios. Más que el número de los participantes, fueron el cambio en el Gobierno de México con la salida del PRI —López Obrador empezó su sexenio en enero de 2019— y el empoderamiento de los migrantes los que dieron novedad al acontecimiento.

El año 2019, sin embargo, venía con la agenda cambiada. Venezuela iba a ocupar el centro de la atención de esas élites del poder, que veían más cerca que en otras ocasiones la hora de acabar con el régimen bolivariano que inauguró Hugo Chávez con la victoria electoral de 1998. Los intentos por parte de Estados Unidos de poner fin a la Venezuela chavista empezaron de inmediato, tras mostrar muy pronto el nuevo presidente poca voluntad de reiterar la obediencia a los mandatos de la Embajada norteamericana. Esos ataques cobraron fuerza a partir de la aprobación de la Constitución de 1999, tomaron determinación con las leyes habilitantes que recuperaban para el país los beneficios del petróleo, desembocaron en el fallido golpe de Estado de 2002 y se repitieron ininterrumpidamente durante todo este tiempo. Su punto de llegada actual se expresa en la autopromoción en 2019 del diputado opositor Juan Guaidó como presidente interino de Venezuela, apelando al artículo 299 de la Constitución bolivariana y tras una estrategia organizada con la Administración Trump. Guaidó, perteneciente a un pequeño partido de la extrema derecha venezolana que había participado en las «guarimbas» de 2007 y 2014, fue posteriormente impuesto a la Unión Europea y apoyado por la derecha latinoamericana emergente y por una oea regresada a su papel clásico de «Ministerio de colonias» de los Estados Unidos.

Acabar con la Venezuela chavista era una manera de acabar con el cambio en América Latina. Si la victoria electoral de Chávez trajo la victoria de Lula da Silva en Brasil, de Néstor Kirchner en Argentina, de Rafael Correa en Ecuador, de Evo Morales en Bolivia, de Fernando Lugo en Paraguay, de Mel Zelaya en Honduras, la derrota de Venezuela era la caída del Muro de Berlín necesaria después de que la aventura en Oriente Medio de George Bush les distrajera del habitual control en su «patio trasero» latinoamericano. La situación económica y social de Venezuela con Nicolás Maduro había empeorado y la crisis global de 2007, nacida en Estados Unidos, iba a llegar a todo el continente latinoamericano. El fallecimiento prematuro de Hugo Chávez en 2013 impidió que su sucesor heredara los equilibrios que había construido Chávez, tanto territoriales entre las diferentes partes del país como económicos, militares, sociales y también regionales. La caída de los precios del petróleo, motivada principalmente por la estrategia de Arabia Saudí de desincentivar el *fracking*, así como de golpear a Rusia y a Venezuela (como parte a su vez de una estrategia norteamericana que buscaba apropiarse de los cinco países productores de petróleo fuera de su órbita), demostró las debilidades del chavismo. El país estaba dividido en dos y la parte opositora tenía todo el apoyo de los Estados Unidos y sus socios europeos.

El éxito de Hugo Chávez a la hora de redistribuir la renta y reducir las desigualdades, de aumentar la producción nacional de alimentos, de llevar sanidad a los barrios humildes, de erradicar el analfabetismo, de crear la unión cívico-militar que alejaba el fantasma del golpismo, de construir viviendas populares,

de crear pensiones para los ancianos, de reducir la mortalidad infantil y un largo etcétera, no se reflejó en cambios estructurales que vencieran los problemas históricos de Venezuela. La ineficiencia de la Administración venezolana siempre ha sido un hecho. El país nunca tuvo minas durante la colonia, lo que implicó que no se incorporara como virreinato. Apenas tuvo una capitanía general en el puerto de Maiquetía para gestionar la exportación de cacao a España. Tras la independencia, el país estuvo casi un siglo en guerra civil y cuando a comienzos del siglo xx empezó a construirse un Estado moderno bajo la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, Venezuela ya tenía petróleo, de manera que el Estado nunca se construyó con los *cleavages* propios de los sistemas políticos contemporáneos. La cultura política rentista sustituyó a las líneas de tensión que han armado los Estados contemporáneos (burgueses contra proletarios, campo contra ciudad, laicismo contra religiosidad, centro contra periferia). Este conjunto de razones creadoras de ineficiencia devinieron en la incapacidad de crear una base alimentaria suficiente, de manera que se mantuvo la dependencia de las importaciones, no se supo liberar de la dependencia de las instituciones financieras internacionales (lo que habría moderado la creación de un Banco del Sur que frenó Brasil), no frenó la violencia social, no industrializó el país ni creó una cultura del trabajo, fue radicalmente ineficaz a la hora de erradicar la corrupción y no generó un partidomovimiento que sirviera como contacto entre la ciudadanía y el Gobierno, que activara la sociedad civil, que seleccionara cuadros y que estableciera las alertas tempranas que hubieran servido como termómetro de los problemas no resueltos.

La figura de Chávez, con un enorme carisma y capacidad, era la encargada de suturar todos los rotos de la débil institucionalidad. Pero ese «hiperliderazgo» implicaba la dejación de funciones de muchos cuadros y órganos institucionales que cesaban en sus funciones, entre ellos el Consejo de Ministros. Fidel Castro llegó a decirle a Chávez que era imposible que él se encargara de todo en el país pretendiendo ser «el alcalde de toda Venezuela».

La debilidad del país de Bolívar debida a la crisis, al bloqueo económico y al golpe parlamentario perpetrado por Guaidó en 2019 —no olvidemos que los golpes en el siglo XXI no van a ser principalmente militares, sino parlamentarios y judiciales— vino precedida de sucesivas derrotas de los países que habían conformado la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). Esas derrotas en algunos lugares fueron electorales, pero en otros fue producto de golpes de Estado de nuevo cuño, como el que destituyó a Dilma Rousseff desde un Parlamento corrupto, encarceló a Lula da Silva con la única declaración de un testigo protegido y por un juez que sería nombrado ministro por el nuevo presidente Jair Bolsonaro, acorraló al kirchnerismo con acusaciones de corrupción sostenidas por jueces bajo sospecha o cooptó a Lenín Moreno, nombrado por Rafael Correa como su sucesor, para que desmontara todos los logros de la «revolución ciudadana».

En todos los casos, fuera con subterfugios de apariencia legal o por la vía electoral, todos los partidos que confrontaron a los gobiernos del cambio contaron, además, con jueces y con el apoyo internacional de los países occidentales y sus satélites, con la inestimable colaboración del principal partido de oposición al cambio y a la superación del modelo neoliberal: los medios de comunicación y el uso espurio de las redes sociales y las nuevas comunicaciones (esenciales en las victorias de Mauricio Macri en Argentina, de Jair Bolsonaro en Brasil y de Donald Trump en Estados Unidos). No hay que olvidar que la vía electoral, que es la única vía factible de acceso al poder para la izquierda desde que la Unión Soviética desapareció en 1991, permite el acceso al Gobierno, pero no al poder.

Ahí opera lo que Bob Jessop llama «selectividad estratégica del Estado». Con esta expresión hace referencia al hecho de que para el Estado es más fácil cumplir unos objetivos que otros, y muestra la tendencia de los Estados capitalistas a seleccionar unas políticas antes que otras como expresión de unos sesgos que, a su vez, evidencian las huellas marcadas en el Estado por parte de los que han ganado las sucesivas batallas sociales. Esta interpretación nos ayuda a salir de las posiciones deterministas que leen en el Estado posiciones que no dan cuenta de su complejidad. Al tiempo, recuerda que ignorar los sesgos que incorpora el Estado y su mayor facilidad para dar respuesta a algunas demandas es ignorar que todos los Estados occidentales tienen un componente muy fuerte de género, raza y clase.

La comprensión del Estado como una relación social desarrollada por Bob Jessop sobre la base de los trabajos de Nikos Poulantzas (que continuaba los trabajos de Marx) ayuda a entender la enorme debilidad de los gobiernos del cambio en América Latina sobre la base de esa selectividad estructural del Estado. Jessop supera la discusión marxista acerca de si el Estado es un mero instrumento en manos de la clase que lo dirija o, al contrario, es una herramienta consustancial a la burguesía. Al tiempo, no asume la idea liberal pluralista de que el Estado refleja la misma condición plural de la sociedad. Jessop explica que el Estado es una relación social que refleja quién ha ganado los conflictos históricos a lo largo de la historia. Esas victorias dejan un sesgo de clase, género y raza en la propia configuración del Estado (en las leyes, las constituciones, las relaciones institucionales, la primacía de unos u otros órganos, los símbolos, los funcionarios, la representación, etc.). Pero ese Estado que siempre se hereda desarrollará o no esos sesgos de clase, género y raza (y otros más, aunque estos son los más relevantes) en virtud de la correlación de fuerzas que exista en cada momento. Dicho en otros términos, todos los gobiernos del cambio tuvieron que pelear con los sesgos heredados de sus respectivos Estados y no siempre la correlación de fuerzas sociales sirvió para bloquearlos o siquiera moderarlos. Esto es lo que explica las dificultades para ganar espacios de representación diferentes (indígenas, mujeres, obreros), para cambiar los desequilibrios entre los diferentes departamentos de

la Administración (Hacienda, el Tesoro, el orden territorial), para trabajar con los funcionarios (incluidos la Policía y el Ejército), para hacer valer hegemónicamente una visión diferente del Estado (que implica una visión diferente del país), para definir de manera alternativa la nación o para blindar la división de poderes o la soberanía nacional frente a la capacidad de fuego legal de los grupos consolidados y las presiones internacionales. Y, además, para poder contrarrestar la influencia de lo que Gramsci llamaba el «Estado ampliado», esto es, esos ámbitos de la sociedad civil —la escuela, la universidad, los medios de comunicación, las patronales, la Iglesia, los clubes de fútbol, etc.— que son los encargados de que la «estatalidad» se traduzca en hechos concretos con o más allá de la tarea del Estado en sentido estricto.

La emergencia de los gobiernos del cambio se expresó en tres ejes diferentes que marcaron rasgos específicos entre los diferentes países: 1) gestionar mejor el neoliberalismo —limitando sus efectos de exclusión— luchando contra la corrupción, pero sin cuestionar sus bases económicas; 2) crear una agenda posneoliberal que revirtiera las políticas de austeridad y privatizaciones, recuperando algunos elementos del Estado social o desarrollista (ahondando en la redistribución de la renta); y 3) crear una agenda poscapitalista que se guiara por presupuestos socialistas.

En todos los países y con todas sus diferencias, se ha creado un cuerpo social crítico con las políticas neoliberales, más exigente contra la corrupción, más indignado con las desigualdades sociales y crecientemente feminista. Esa ciudadanía crítica no acepta sin más la gestión de los gobiernos del cambio —y sus expresiones partidistas— en Venezuela, Argentina, Brasil, Ecuador y Colombia. Al tiempo que va más allá de los partidos que protagonizaron los cambios, conforma un polo de oposición a los gobiernos neoliberales que marcará el futuro del próximo decenio.

Quizá el gran error de los gobiernos del cambio en América Latina haya sido el fracaso a la hora de crear partidos-movimiento. Uno de los principales desencadenantes de ese fracaso ha sido el papel de los liderazgos, que, al tiempo que eran esenciales para sumar electoralmente mayorías, fracasaron o directamente renunciaron a crear organización y espacios colegiados que, es cierto, habrían limitado sus movimientos, pero también habrían sido una garantía de continuidad. El partido-movimiento es el garante del cumplimiento del programa, de su actualización, del suministro de cuadros para las instituciones, del contacto con la sociedad civil, de la guerrilla comunicativa contra la manipulación de medios de comunicación y redes. No es una mera correa de transmisión de las decisiones de la dirigencia, sino que es también un órgano con capacidad de corregir a la dirigencia al tiempo que es un factor esencial a la hora de rebajar la incertidumbre y facilitar el compromiso político en la sociedad.

El partido-movimiento es el que, en su actuar cotidiano, adelanta con su comportamiento la sociedad que se promete en los programas y para la que se pide el voto. En su ausencia o fracaso, los partidos se clientelizan, dejan que cobren primacía los familiares vinculados a los liderazgos, se carece de mecanismos para frenar la corrupción de los cargos públicos, se pierde frescura y la selectividad estratégica del Estado termina devorando a todos los que cruzan el umbral de las instituciones. ¿Hubiera Lenín Moreno, en Ecuador, dinamitado los logros de la revolución ciudadana si Alianza País hubiese ganado la lucha por el aborto y se hubiera empoderado a las mujeres dentro del partido-movimiento como un instrumento de cambio? ¿Hubiera podido el Frente Sandinista frenar la deriva autoritaria de Rosario Murillo y Daniel Ortega si las mujeres hubiesen ganado la batalla interna en el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en la lucha contra la Iglesia nicaragüense? ¿Habría corregido Maduro algunas políticas de haber contado con un Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) activo en los barrios y atento a las necesidades populares? ¿Hubieran podido dar el golpe contra Dilma Roussef, encarcelar a Lula o perder las elecciones frente a un nostálgico de la dictadura brasileña como Bolsonaro de no haber perdido el Partido de los Trabajadores (PT) su presencia en las zonas humildes del país? ¿Hubiera ganado un empresario representante de las familias ricas históricas de Argentina como Mauricio Macri si tanto los K como el peronismo hubieran construido instrumentos políticos que movilizasen más allá de los circuitos consolidados? ¿Hubieran caído los partidos de la izquierda en casos de corrupción si los respectivos partidos tuvieran un comportamiento democrático, estuvieran abiertos, tuvieran capacidad de decisión y sirvieran como espacio ético del trabajo político?

La realidad latinoamericana hace cierta la advertencia de Polanyi de que la economía de mercado trae consigo una sociedad de mercado, esto es, una lucha de todos contra todos. El modelo neoliberal, que se inaugura precisamente en 1973 con el golpe de Estado contra Salvador Allende, se expresa en el siglo XXI con la propuesta de gobernar los países «como empresas». El neoliberalismo es una fase financiera del sistema capitalista que tiene como una de sus características la de fracasar hacia adelante, esto es, de salir de sus crisis aplicando más dosis de las medicinas que enfermaron a la economía. El capitalismo en crisis siempre tiene una fase de impugnación de lo existente —la democracia representativa en lo político y la economía capitalista en lo económico—. Esa impugnación, que expresa la politización popular que se analiza con detenimiento en este libro, tiene necesariamente una reacción por parte del *statu quo*. Así nos encontramos, por un lado, con una crítica que se engloba en ese aire de familia de la izquierda y ayuda a la formación de gobiernos de cambio y, por otro, una reacción desde las élites que asumen el diagnóstico de la crisis, pero busca las razones fuera del sistema económico y propone un diagnóstico igualmente neoliberal. Es ahí donde

se encuentra el auge de los empresarios, millonarios y banqueros que se ofrecen como solución a lo que definen como «desgobierno de la izquierda».

Se trata de *insiders* que se presentan con un discurso de *outsiders* que hacen de la «antipolítica» —crítica a los partidos, a la intervención redistribuidora del Estado, a los sindicatos, al pago de impuestos, a los Estados sociales y desarrollistas— la coartada para aplicar políticas de ajuste y empeorar las condiciones de trabajo y salariales de las mayorías. Para estos sectores, las políticas keynesianas son rechazadas como si fueran políticas bolcheviques radicales fuera del tiempo y de la eficacia (como ayer ocurría con la planificación). La victoria de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en México en junio de 2018 es, sin duda, un punto de inflexión. (Quizá es el contrapunto del encarcelamiento de Lula durante ese mismo año, de la misma manera que la victoria de Lula implicó en 2006 el robo de las elecciones a López Obrador. Como si la lógica de control norteamericano del continente no permitiera que los dos países-continente caminaran juntos en una misma lectura posneoliberal). Aunque el partido de AMLO, Morena, así como él mismo, sostuvieran que «la mejor política exterior es la interior», las caravanas de migrantes o el golpe de Estado en Venezuela han devuelto a México a la política regional. El inesperado 40 % logrado por Gustavo Petro en las elecciones que terminó ganando el uribista Iván Duque en Colombia, el movimiento combativo de mujeres en muchos lugares de América Latina (en especial en Argentina), la victoria parlamentaria del PT en las elecciones brasileñas (aunque perdió las presidenciales), la emergencia del Frente Amplio en Chile con una candidata que superó el 20 % de los votos, el mantenimiento de la fuerza de Evo Morales en Bolivia, la victoria del Frente Amplio en Uruguay, la supervivencia pese a todo de Cuba son todas señales de que, pese a lo que se presenta como un cambio de ciclo, no puede ignorarse que los gobiernos progresistas generaron una nueva conciencia que no desaparece aunque no se haya expresado en victorias electorales.

Una parte de las víctimas han votado en América Latina a sus verdugos. Ya pasó en Europa, cuando los obreros ingleses, que habían salido de condiciones deplorables de vida después de la Segunda Guerra Mundial, votaron apenas veinticinco años después a Margaret Thatcher. Las clases medias «aspiracionales» reflejan que el neoliberalismo es un sentido común que penetra en los imaginarios populares. Si los sectores golpeados sobreviven gracias a la ayuda mutua en los barrios, las mejoras económicas sustituyen esos elementos comunitarios por intercambios mercantiles que enfrían la sociedad y la convierten en un mecanismo automático de transacciones dinerarias en el mercado. Al tiempo, los gobiernos del cambio no deben cometer el error de tratar igual a los que no tienen nada y a los que tienen algo. Y tampoco deben olvidar que no es lo mismo generar ciudadanos y ciudadanas que generar consumidores. Los segundos se

ocupan solo de sí mismos y olvidan la eficacia de la política, la única autoayuda política eficaz.

Tiempo de recuperar la política, de armar diálogos permanentes que acumulen conclusiones sin congelar las respuestas —es decir, de rearmar miradas con ideología no entendida como falsa conciencia, sino como lectura crítica del mundo—, de salir de las trampas de miradas simplificadoras, de sujetos transformadores disminuidos, tiempo de liderazgos que emerjan desde los problemas y que ayuden a superar la incertidumbre, tiempos de armar partidos-movimiento, de solucionar problemas y de problematizar soluciones. Tiempo de recordar que la política se ocupa de la gestión del conflicto irresoluble entre nuestra condición individual y nuestra condición colectiva, y que si la construcción de comunidad se deja a la derecha y a la extrema derecha, las democracias, ya vaciadas por la globalización neoliberal, terminarán de vaciarse por el juego perverso de unos jueces al servicio de intereses particulares y unas fuerzas políticas dispuestas a regresar el uso de la violencia como vía para lograr la autorización política.